



CUATRO PALABRAS

No hay duda que conservamos todavía cierto orden categórico, que, aunque no sea más que mera apariencia, nos permite adornarnos con las insignias de las jerarquías. Es un punto de vista puramente pintoresco, vana superficie, nada más que perspectiva; porque en el fondo hemos llegado á esa familiaridad que nos autoriza á mirarnos unos á otros por encima del hombro.

No es ciertamente la igualdad lo que hemos conquistado, sino más bien la confusión. Nadie es más que otro, y todos son menos que uno. Cada cual se ha hecho á sí mismo superior al resto de los hombres, y al sumar el conjunto de tantas unidades superiores, resulta la sociedad en que vivi-

mos, esto es, *yo, yo aquí, yo allí, yo arriba, yo abajo, yo en todas partes, yo siempre.*

Ello es que no hay clases; pero, en fin, hay especies que se distinguen entre sí por rasgos que les son peculiares, y el propósito que me tiene con la pluma en la mano se reduce á bosquejar fielmente los tipos de cada una de esas especies, tal y como la sociedad moderna me los ofrece.

He llegado á creer que se muere mucha gente sin conocer la época en que ha nacido y la sociedad por que ha pasado, como si la intimidad en que vivimos y la familiaridad con que nos tratamos nos dispensara de la obligación de conocernos.

Sospecho que no se pierde gran cosa en pasar por el mundo ignorando las flaquezas de la vida, porque el conocimiento de los hombres no es una ciencia que suele llenar el ánimo de regocijo. Mas, acerca de este punto, cada cual hace su composición de lugar, y no todos se resignan á vivir en tan alegre ignorancia.

Los lectores son, por lo regular, curiosos; es un título que nadie les niega, y que, por lo tanto, lo disfrutan por el consentimiento unánime de cuantos escriben para ellos. Pues bien: el curioso lector no es siempre un ser tan desocupado que pueda consagrar su vida á la tarea de estas ociosas indagaciones, y bueno es que alguna vez sepa por dónde anda, con qué gentes se codea y en qué tiempos vive.

Tal vez se contriste su ánimo, si acerca de los hombres y de las cosas ha echado las cuentas del Gran Capitán, al ver que no es oro todo lo que reluce; pero, en fin, puede ser también que se eche el alma á la espalda, haga de su capa un sayo y tome el asunto á risa.

Ya lo sé: es mucho más fácil adular que corregir. Dichoso el espejo que embellece las monstruosidades y herмосea las imperfecciones, porque ese es el último refinamiento de la lisonja. La tarea de los antiguos cortesanos encerraba cierta sombra de sentido moral: suponía cualidades y virtudes para enaltecerlas. Ahora no; se toman las degradaciones y los vicios, se acogen y se enaltecen.

Estamos de acuerdo en que las majestades de la tierra bajan desastrosamente, mas no se van del todo, porque nos dejan los palacios. El poder de nuestra sociedad debe ser grande, en razón á que sus antecelas están llenas de cortesanos.

La verdad va siendo cada vez más rara, más inconcebible, más insoportable: casi da ya miedo de tener razón. Sin embargo, yo me atrevo alguna vez á incurrir en la extravagancia de tenerla.

A pesar de que el mundo todo se ha convertido ya en política, puedo asegurar que en las presentes páginas no me propongo acercarme, ni en cien leguas, á eso que llamamos la gestión de los negocios públicos, porque nada nuevo tengo que decir del concierto de los partidos ni del juego de las instituciones.

Me inspira mucho más interés la sociedad que el Estado.

Aquí tiene, pues, el lector el primer tomo ó la primera serie de las *Fisonomías* que el mundo en que vivimos me ha ido presentando con la perversa intención de que las copie, y yo, inocente de mí, al verlas, he caído en la tentación de copiarlas.



I.

VISTA EXTERIOR.

El género humano siempre ha sido el mismo, porque después de Adán ningún hombre puede atribuirse una verdadera originalidad. Pero, vamos, cada época tiene rasgos distintivos que le son peculiares, de tal manera, que algunas veces, así, á primera vista, no parecen todos los hombres individuos de la misma especie.

Nuestra época no es ciertamente una novedad que podamos ofrecer á los curiosos como cosa nunca vista. Es una época que tiene algo de los últimos tiempos de Babilonia, que tiene mucho de los últimos días de Grecia, y que bien puede compararse con el último período de la antigua Roma; podría decirse que el hombre moderno es ya bastante viejo en el mundo; mas sea como quiera, na-

die se atreverá á despojarnos de este aire de juventud que nos anima, porque, confesémoslo con candorosa ingenuidad: á frescura no hay quien nos gane.

En nuestro aspecto exterior, sobre todo, hay algo, digámoslo así, *sui generis*, que nos aleja de toda semejanza con los hombres de los tiempos antiguos. Yo no comprendo á Cicerón con frac, ni mi imaginación se presta á representarse á Julio César con botas de montar, y esto significa que existe entre el traje y el hombre una relación análoga á la que hay entre el fondo y la forma, el pensamiento y la palabra, el cuerpo y el alma. El grande hombre de la antigüedad á quien más admiremos no podrá resistir esa prueba sin perder á nuestros ojos todo el prestigio de su grandeza. Ante Alejandro ó Sócrates despojados de sus mantos y de sus túnicas y metidos en las estrecheces de nuestros pantalones, en la holgura de nuestros gabanes y bajo las alas de nuestros sombreros de copa, ó bien engalanados con cualquiera de nuestras casacas militares con su correspondiente sombrero de tres picos, no nos será posible contener la carcajada. En cambio, elegid al hombre más extraordinario de nuestra época y colgad de sus hombros la capa de Josef, la túnica griega ó el manto romano, el ferreruero de Cervantes ó la armadura de Carlos V, y tendréis al ser más ridículo de la tierra.

Y bien: ¿es esto un mero capricho de la costumbre?... No; esa exterioridad que puede parecer indiferente y que es cada vez más mudable en sus

pormenores y en sus accidentes, viene á ser la primera fisonomía de cada época. Así como por la expresión del rostro se infiere la situación del ánimo, de la misma manera por las originalidades del vestido se puede penetrar en la índole de una generación y de un pueblo. Sí; hay algo en el vestido que revela el modo de ser moral de cada época. Nosotros, que naturalmente vivimos entre nosotros, no hemos reparado en la singularidad fisonómica de nuestros trajes, y al encontrarnos dentro de ellos, no siempre cómodamente, nos parecen tan propios, tan naturales, tan hechos á nuestra medida, que no comprendemos cómo en las edades pasadas han podido los hombres vestirse de otra manera, y hasta puede parecernos que hemos llegado á obtener los fundamentos permanentes del ropaje humano.

Desde luego, en el aspecto exterior que ofrecemos á la consideración de un observador curioso, descubrimos cierta tendencia bastante marcada á desfigurarnos. No sería tan fácil como creemos, averiguar que es un hombre el que respira dentro de un frac ó debajo de un gabán, si la costumbre no nos tuviese acostumbrados á las deformidades de la *moda*. Como si quisiéramos renegar de nuestro origen y renegar de nuestra ascendencia, parece que nos empeñamos en ocultar las nobles líneas con que fué trazada la figura humana. Hay en nuestros trajes una verdadera vulgaridad, y las exageraciones del capricho que dictan las incontes-

tables leyes de la *moda* sólo sirven para hacerlos grotescos; en vano buscaréis en ellos ni sencillez, ni gracia, ni belleza, ni majestad. Cualquiera que sea la distinción que hemos convenido en concederle al frac, es, estéticamente considerado, una prenda innoble, y el arte que inmortalizó á Fidias no encuentra la manera de elevar á la dignidad de la estatua la imagen del hombre moderno.

Si nos es lícito deducir algo del aspecto suntuario que nos adorna, podemos decir que hemos nacido en una época resueltamente anti-artística, y, valiéndome de una palabra también moderna, añadiré *corsi*. Pero en cambio se ha establecido una especie de uniformidad, por medio de la que todos somos iguales ante la ley momentánea de la *moda*. En nada se advierte tanto el espíritu á la vez democrático y aristocrático de nuestro siglo como en el prosaico ropaje con que cubrimos nuestras personas. Confieso ingenuamente que en algunas ocasiones no he sabido distinguir un lacayo de un duque. En cuanto á las mujeres, ¡cuán monstruosamente se embellecen!... ¡Qué extravagancia tan inagotable de peinados, de faldas y de sombreros!... ¡Qué gusto tan deplorable en los adornos y en los colores!... ¡Dios mío, qué sobrefaldas... qué cogidos, qué bullones!... Y en medio de todo, ¡qué inquietud tan incansable!... ¡qué novedad tan continua!... Cuatro veces al año por lo menos hay que cambiar de cortes, de telas, de adornos y de colores. La elegancia, si puedo lla-

marla así, de nuestros días, no tiene sosiego, se cansa de sí misma con una volubilidad increíble; todo lo acepta en el acto, pero todo lo desecha inmediatamente; si busca algo, preciso es convenir en que no lo encuentra; pasa de una extravagancia á otra, de una ridiculez á otra; más que el capricho, parece la locura....

Decididamente no nos gustamos: nuestra *toilette* continua, incesante, nos presenta á nuestros ojos cada vez más feos....: por eso desechamos hoy la tela, el corte, el adorno que ayer acogimos. Al pronto, sí, muy bien, ¡qué novedad! ¡qué gracia! ¡qué belleza! Pero al día siguiente, el encanto se ha disipado.... la novedad, la gracia, la belleza se han desvanecido, y entonces, ¡qué horror!... ¡qué vejez!... ¡qué fealdad! Puede decirse que nos desconocemos de un día á otro, y que al volvernos la espalda nos reímos de nosotros mismos. Acaso por medio de esa transformación constante pretendemos conseguir la juventud perpetua, presentándonos á nuestros propios ojos como una sociedad siempre nueva. Mas ello es que cada novedad que altera los accidentes de nuestros vestidos, viene á ser un testimonio auténtico de la fecundidad del mal gusto.

En las comarcas apartadas de las grandes ciudades, en las aldeas, en los campos, conservan las gentes sus vestidos históricos; allí la tradición es la moda; los adornos y los colores están siempre en relación con la viveza ó la melancolía del paisa-

je que las rodea; se puede creer que el *figurín* á que se amoldan es la naturaleza, ese vejestorio siempre antiguo y siempre nuevo: la sencillez es, por decirlo así, el *patrón* de sus trajes....; nada hay en ellos que embarace la soltura de los movimientos; parece otro pueblo, otra generación, otra gente.

Nosotros no podríamos avenirnos á esa estabilidad inalterable, porque la inconstancia de nuestro carácter, la movilidad de nuestras costumbres y la impaciencia de nuestros pensamientos exigen la transformación continua de nuestros trajes.—Es preciso que el talle suba y baje, y vuelva á subir y vuelva á bajar, con precipitación tan continua, que no esté nunca en su sitio; es necesario que el pantalón se ensanche y se estreche alternativamente, que las faldas pasen del abandono de las colas al recogimiento de los cogidos; hoy *hacen furor* las mangas anchas, pero al día siguiente hay que sujetar el brazo á los rigores de la manga estrecha. Los sombreros no descansan ni un momento; se alargan y se encogen; ya adoptan la forma de una campana boca arriba, ya dan media vuelta y se convierten en una campana boca abajo; tienden las alas y las recogen, y apenas las recogen cuando vuelven á tenderlas,—parecen condenados al suplicio de una convulsión interminable.—Nuestra sociedad forma un oleaje de mangas, de cuellos, de solapas, de faldones y de sombreros que cambian incesantemente, que va y que viene, que sube

y baja, que, como las sombras de los cuadros disolventes, se disipa para volver de nuevo. Nada más fantástico que esa movilidad en que vivimos.

Y no es este un rasgo especial de la sociedad civil; porque—advertirlo bien—los uniformes militares padecen la misma inquietud. ¡Cuánta variación!.... ¡qué diversidad tan continua de aspecto!.... El ejército también es preciso que siga las volubles leyes de la *moda*.—Hoy es uno; pues bien: mañana os parecerá otro; mas no os dejéis engañar por la variedad de las apariencias, porque es lo mismo; en todo ello no hay más que—lo diré vulgarmente—simples cambios de casaca.

Si las irregularidades de la aguja, encargada de señalar en la esfera del reloj la hora en que nos encontramos, descubren las descomposiciones de la máquina, acaso nos sea lícito deducir de la agitación exterior que acabo de indicar el desorden interior de nuestro espíritu; pero, en realidad, eso sería discurrir como un relojero, y, échese por donde se quiera, un reloj no es un hombre. Además, mi objeto al empezar las páginas del presente libro, no es otro que el de descubrir á los ojos del lector los rasgos más originales de nuestra común fisonomía.

Las generaciones que nos han precedido en el camino de la vida, se estancaban largos períodos de tiempo en el uso de unos mismos trajes. Cada época, cada nación, cada pueblo tenía el suyo; más aún: las jerarquías sociales se distinguían por el vestido; las profesiones, los oficios también té-

nían los suyos; de modo que cada uno iba diciendo por todas partes lo que era. ¡Santo Dios, qué algarabía, qué desorden! Pero no paraba aquí la cosa: la edad no se contentaba con los signos naturales de la vejez, y añadía al corte y al color del ropaje la grave austeridad que dan los años; los magistrados, los doctores, la autoridad en todas sus categorías, llevaban la seriedad de su carácter en la seriedad de sus vestidos. ¡Demonio! Habían tomado al pie de la letra los papeles respectivos que representaban en aquellas sociedades, y no había manera de sacarlos del rigor, digámoslo así, suntuario que á cada uno correspondía. Pudiera creerse que no querían olvidarse ni por un momento de lo que eran. ¡Oh, qué vanidosos! Así vivían años y años como si tal cosa.

Nosotros... ¡Qué diferencia! París y Londres dan casi diariamente la medida, el corte y los tejidos, es decir, la materia y la forma, con que ha de vestirse el mundo civilizado, y desde este punto de vista no se distinguen ya más que dos naciones cultas sobre la tierra; París y Londres. Todos somos medio ingleses, medio franceses, según las oscilaciones del *figurín* dominante, y he ahí borradas las fronteras y confundidas las nacionalidades á la sombra del traje universal. Y este gran paso hacia la unidad, ó, mejor dicho, hacia la uniformidad de la especie humana, presenta en la sociedad moderna sus caracteres propios, esto es, la deliciosa confusión en que vivimos. El vestido ha

orillado la dificultad de las diferencias. La ley común del traje nos ha igualado real y verdaderamente á todos de tal manera, que no hay modo de evadirse del imperio absoluto de esa ley niveladora. Visto un hombre civilizado, están vistos todos, y en Europa, sólo los turcos se permiten no vestir á la europea. Las tenaces desigualdades de la sociedad han desaparecido, á la vista por lo menos, y la edad misma sería una para todos si la naturaleza no estuviese empeñada en conservar la impertinencia de las canas y la antigualla de las arrugas, porque en nuestros famosos días lo mismo se viste un joven que un anciano, lo mismo se visten las niñas que las viejas.

Antes un rey era un manto de púrpura, un cetro, una corona y una espada. Su persona no abandonaba nunca la majestad de las insignias reales. ¡Bah! ¡como si no pudiera dejar de ser rey nunca! Pues bien: ¿qué es el rey moderno? ¡Oh amable sencillez! Es un *frac*, un *gabán*, una *americana*, ni más, ni menos. Es verdad que aún para ciertas solemnidades deja el *frac*, el *gabán* ó la *americana*, y se cuelga el manto, se cala la corona, empuña el cetro y se ciñe la espada; arreos augustos, pero demasiado incómodos para el uso que ahora hacemos de la vida. De esta *toilette* extraordinaria se despoja inmediatamente que termina el espectáculo, y vuelve á la sencilla insignificancia de su *frac*, de su *gabán* ó de su *americana*; los próceres, los magnates, los magistrados, todos hacen lo mismo,

y la gran decoración desaparece, como un recuerdo que se olvida, como una sombra que se desvanece, como un sueño que se disipa, y todos vuelven á la familiaridad universal del traje común.

La sociedad, desnivelada por un momento, se rehace, y adiós majestad, dignidades, jerarquías. La perspectiva se rompe al tocar la realidad, como el vidrio al chocar con el bronce. Todas esas majestuosas vestiduras nos deslumbran algunos instantes, es un relámpago jerárquico que pasa pronto; disfraces que sólo brillan una mañana ó una noche. Disfraces para representar la autoridad, la justicia, el mérito y los honores en esos grandes espectáculos que todavía nos permitimos como simples recuerdos de lo pasado; porque nuestra fisonomía propia, original, característica, es el frac, el gabán, la americana; estas son las tres formas corrientes del ser moderno.

Rompióse para siempre la tremenda vara del alguacil, y ya sólo podemos soportar el amable revólver del agente de orden público que vigila detrás de la esquina.

Si se observa con alguna atención, se advierte fácilmente que el revólver es una facción importante en la fisonomía de nuestra época. Es, por una parte, el adorno necesario de la autoridad, y es, al mismo tiempo, el dije indispensable del ciudadano. Suprimase este ingenioso detalle, y la civilización que tan tiernamente nos estrecha habrá perdido toda la originalidad de su gracia.



II.

VISTA INTERIOR.

Es posible, y aun probable, que la historia, apropiándose ese magisterio supremo con que la vemos juzgar los hombres y las cosas que han pasado, erigiéndose en tribunal inapelable á título de posteridad, mire con cierto desdén las hondas agitaciones de nuestro siglo, y nos presente á la faz del mundo venidero como una generación frívola, insubstancial, aturdida, rematadamente loca. Acaso no vea en nosotros más que una colección variada de aventureros, y nuestros hechos no los considere más que como una serie de ruidosas calaveradas. Es de temer que, arrastrada por un arranque de mal humor, frunza el entrecejo, y en un momento de hipocondría nos denigre á los ojos de los tiempos futuros, lanzando

nuestro nombre al desprecio de las sucesivas posteridades, diciendo :

« Tuvieron bastante talento y bastante ciencia para destruirlo todo, y no alcanzaron ni sabiduría, ni genio para crear nada ».

Muy bien. Este podrá ser, poco más ó menos, el juicio con que nos honre, y vaya V. á impedirle que se despache á su gusto. En la imposibilidad de sobornarla, no nos queda más recurso que abandonar nuestra causa á las injusticias de su fallo. ¡ Ah!... ¡ Una historia asalariada nos vendría de molde!...

Ciertamente no legaremos á la posteridad ninguno de los grandes descubrimientos que forman época en la historia del mundo, porque cualquiera que sea el mérito de nuestras invenciones, no nos será permitido decir que hemos inventado la pólvora. Aquí, en la intimidad de la confianza, en el seno, digámoslo así, de la familia, bien podemos confesarlo. Bueno que el vulgo, dispuesto á prestarnos su inocente credulidad, viva persuadido del poder de nuestro genio; no hay para qué disparar ante sus ojos atónitos el encanto de los prodigios que obramos, porque no ha de ser él el que vaya á registrar el gran inventario de la herencia que hemos recibido de los siglos pasados. Guiñémonos los ojos al vernos, como los *augures* de Roma, y gocemos el *usufructo* de esa gloria vitalicia que nosotros mismos nos hemos adjudicado. Después de todo, el espectáculo que presenciamos

tiene el aspecto de una comedia casera, en la cual no hemos de ser nosotros los que nos neguemos la admiración y los aplausos.

Pero la historia.... ¡ ah, la historia! Esa mano invisible que va detrás de todos los siglos, anotando sus grandezas y sus miserias; esa mirada penetrante que escudriña hasta los últimos rincones de los hechos que anota; esa vieja, curiosa y habladora, en fin, que todo lo averigua y todo lo cuenta, no ha de creernos por el simple testimonio de nuestras propias alabanzas, ni ha de tomar por documentos auténticos nuestras palabras; y si, como es de presumir, se empeña en descifrar el enigma de nuestra grandeza, buscando en el fondo de tantas engañosas apariencias la triste realidad de las cosas, entonces, ¡ estamos frescos!

Ella deja pasar los hombres y los sucesos, y apartada del torbellino de la vida, espera que la muerte imponga silencio á la presuntuosa algazara del siglo, y sin contar con nadie, registra los archivos y las bibliotecas, pregunta á los monumentos é interroga á las ruinas; las letras y las artes le descubren la moral y las costumbres; ordena los hechos y los comprueba; pesa los vicios y las virtudes; mide la altura de la verdadera sabiduría, y sin dejarse deslumbrar por el vano esplendor de las falsas grandezas, decreta la admiración ó el desprecio, la gloria ó la ignominia.... ¡ Ah, pícara historia!....

Es verdad que al venir al mundo nos hemos

encontrado sólidamente construidos los fundamentos de todas las ciencias, la literatura elevada á los más grandes prodigios del ingenio humano, el arte victorioso mostrando á nuestro asombro las maravillas de las obras maestras, la religión verdadera llevando la luz del amor divino á comarcas impenetrables, la moral definitiva esparciendo por la tierra la semilla de todas las virtudes. La antigüedad, como si quisiera recordarnos el valor de nuestra nobilísima ascendencia, nos ha transmitido en el curso sucesivo de las generaciones pasadas series admirables de grandes hombres, genios, héroes, mártires, sabios y santos. Grandiosos monumentos, semejantes á piedras miliarias, señalan sobre la tierra el paso de la especie humana. Nos hemos encontrado la familia constituida, la sociedad formada de un nuevo mundo añadido á la estrechez de la tierra.

Ciertamente hemos nacido demasiado tarde, y aunque nos cueste mucho trabajo reconocerlo, casi todo lo hemos encontrado hecho. Es sin duda alguna un chasco para nuestro amor propio, que tantas generaciones se nos hayan anticipado en la tarea de la vida, usurpándonos el privilegio de ser los primeros. Mas he aquí que nos proponemos hacer creer que el género humano empieza en nosotros, y que hasta ahora no ha sido más que el embrión de nuestra especie; y ante la idea de conquistar tan gloriosa primogenitura, se ha desatado el furor de nuestra actividad. Por de pronto, y como si en

las edades pasadas se hubiesen agotado los errores, hemos desenterrado todos los antiguos. La urgencia del caso no nos permitía crear nuevas teorías, y, viendo aquellos delirios con la novedad de las apariencias, hemos agitado el mundo con el vértigo de la filosofía moderna. De un salto hemos retrocedido á las obscuridades del paganismo, y colocando la ciencia en el caos de todas las dudas, abrimos las puertas de la inteligencia, diciendo: « Todo está averiguado, y no hay nada cierto ».

Así, desechada la Revelación por orgullo y la Redención por soberbia, hemos entregado la sabiduría humana al libertinaje de la razón, sustituyendo las creencias con las opiniones, el reposo de la Fe con el desasosiego de la incredulidad, y el mundo moral divinamente construido con lo que, si se me permite, podré llamar la orgía de la ciencia.

Desembarazado de este modo nuestro espíritu de las preocupaciones de la religión y de las quimeras de la moral, hemos apartado completamente los ojos del cielo para no ver más que la tierra. No era cosa de dejarnos seducir por la poesía de un origen excelso, y, sea como quiera, hemos hecho de la naturaleza nuestra casa de maternidad. La tierra nos ha producido por un capricho inexplicable de la materia, y abandonándose á una generosidad inaudita, nos ha concedido una inteligencia de que ella carece, nos ha dotado de una voluntad que á ella misma le es desconocida; somos hijos

de una ciega casualidad, ó, lo que viene á ser lo mismo, á nadie le debemos ni nuestra vida ni nuestras facultades, y he aquí conciliados dos términos que parecían opuestos; la razón del hombre y la libertad del bruto.

Aquí empieza el afán incansable de la vida moderna, la agitación continua del espíritu y la rebelión impaciente de los apetitos. Concedido á los intereses materiales el honor supremo de la omnipotencia, y haciendo del oro la divinidad que adoramos, le rendimos el culto propio de su majestad; el culto de los placeres. ¡Esta sí que es religión positiva!

Jamás las ciencias naturales y las ciencias exactas han sido más útiles, ni nunca el comercio y la industria han alcanzado mayores ventajas de sus ingeniosas aplicaciones: no es posible negarlo. Por todas partes brotan nuevas máquinas, nuevos instrumentos, nuevas combinaciones. Parece que la naturaleza, cansada de guardar sus últimos secretos, nos los ha confiado todos: sólo las regiones del polo se resisten con salvaje tenacidad á las desastrosas exploraciones de la geografía, y el centro de Africa se niega á descubrir los misterios de su existencia; pero el resto del mundo es nuestro, el istmo de Suez se abre como un libro, el vapor encarcelado rompe el seno de las montañas y corre rugiendo de un extremo á otro de la tierra, y la electricidad encadenada, esto es, el rayo sujeto á la fragilidad de un alambre, lleva con la rapidez

del relámpago nuestra voz á las regiones más apartadas.

Si la historia no reconoce el mérito extraordinario de esos prodigios so pretexto de que no hay en ellos más que meras aplicaciones de conocimientos adquiridos mucho antes de nuestra aparición sobre la tierra, ¿dónde, podremos preguntarle, en qué ciencia estaban anunciadas las maravillas del *daguerreotipo*?—Nadie había sospechado la existencia de ese secreto tan cuidadosamente guardado en el último rincón de la cámara oscura; la novedad del suceso nos pertenece íntegra. Desde los encantos de la fotografía hasta las portentosas virtudes de la *Revalenta arábica*, hay una larga serie de descubrimientos, que por todas partes y de mil maneras fecundan los manantiales inagotables de la industria moderna.

Mas bien podemos abandonar al desdén de las futuras edades el mérito original de esas invenciones con que diariamente las ciencias dan continuo alimento á la vida del comercio, porque realmente nuestro orgullo se funda en aquellos adelantos que forman especialmente la fisonomía más característica de la civilización que nos rodea de prosperidades.

Desde el momento en que la filosofía, entregada á las flaquezas de la razón, sin más guía que ella misma, ha venido en los tiempos presentes, como en los tiempos antiguos, á caer en el abismo de las negaciones, sin haber podido adquirir el funda-

mento de ninguna verdad permanente, la sociedad, sin saber á qué atenerse entre la diversidad de tantos pareceres, de tantas contradicciones y de tantos sistemas, burlándose á la vez del *Yo* de *Fichte*, de la *razón pura* de *Kant*, de la *unidad absoluta* de *Hegel* y del *contenido no causado* de *Krause*, ha echado sus cuentas, y golpeándose suavemente el bolsillo, ha dicho: «Oros son triunfos».

II.

El paganismo, lo mismo en Grecia que en Roma, fué el culto de muchos dioses; cada pasión, cada vicio tenía su divinidad protectora; todas las degradaciones humanas tuvieron su altar, y el Olimpo vino á ser el teatro de todas las prostituciones, y los actores de esa comedia vergonzosa eran los mismos dioses: todas aquellas divinidades fueron muy inferiores á los hombres que las adoraron. Resucitar aquel paganismo grosero, levantar altares á aquel Júpiter mujeriego, á aquella Venus lasciva, volver á las vergonzosas sandeces de la mitología, no era cosa digna de nuestra civilización; retroceder al principio del *renacimiento*, cuando estamos á punto de recoger sus últimas consecuencias.... ¡Qué absurdo!

Paganismo, sí; porque él está de acuerdo con nuestras pasiones, conforme con nuestros vicios; digámoslo así, identificado con nuestras sensualidades. Sí, paganismo en la ciencia, en la moral, en

el arte, en las costumbres.... Bien; pero ¿con qué dioses? La dificultad no era floja. Estúdiense la historia de todas las falsas religiones que han corrompido las verdades de la revelación, y advertiremos cuán difícil es ya inventar nuevos dioses. Sin embargo, la cosa estaba hecha; del fondo mismo de las tinieblas del escepticismo filosófico, de las profundidades del caos en que flota perdida la razón libre, brota sobre la tierra el nuevo Olimpo: aquellos dioses sin virtudes debían ser reemplazados por divinidades sin alma, porque después de aquellos númenes sin conciencia, sólo podíamos rendir el homenaje de nuestra adoración á deidades sin entrañas, y los intereses materiales fueron declarados dioses tutelares de la sociedad moderna.

Las ciencias han sido las primeras que se han acercado al altar de estos nuevos dioses á rendir el tributo de sus ofrendas.

«Nuestros adelantos, exclama un periódico inglés, han sido limitados más ó menos á lo que directamente conduce al desarrollo de la riqueza. No tienen relación más que con el mundo inanimado, con el mundo en que solamente se cuenta, se pesa y se mide. Hemos despreciado el espíritu, para dedicarnos á la materia bruta.» La riqueza: he ahí, en efecto, la deidad definitiva de la edad presente.

Pero, no sólo hemos creado un dios poderoso, sino que también le hemos consagrado el honor de toda una ciencia. No, no es una divinidad empírica, caprichosa, hija de la superstición y de la ignoran-

cia ; no es un dios fantástico , quimérico , sino un dios real y positivo.... Dios , cuya teología es la economía política que profesamos , cuyo gran templo es la *Bolsa* ; dios , al que se le debe el culto de todos los placeres.

¿Qué promete? ¡Ah! Promete el paraíso en la tierra , todas las comodidades imaginables , la satisfacción de los más refinados apetitos , el cumplimiento de los deseos más voluptuosos. ¿Qué promete? ¡Oh! Promete lujo , prosperidad , abundancia.... Contar con su poder es contar con todo. ¿Y qué pide en cambio?... ¡Bah!.... ¡qué pide! En realidad , casi nada: cierta frialdad en el alma , cierta dureza en el corazón ; la frialdad del número , la dureza de la cantidad. Nada , la metalización de todos los sentimientos.

Ya lo he dicho : la teología de este dios práctico , utilitario y positivo , es la economía política , esa ciencia nueva cuyo dogma fundamental es este : lo que no vale dinero no vale nada ; la ciencia del crédito permanente y de la deuda eterna.

La *Bolsa* es el gran templo , más aún , es el gran oráculo. «¿Qué dicen los dioses?», preguntaban los antiguos paganos. Nosotros preguntamos : «¿Qué dice la *Bolsa*?» Ella es , puedo asegurarlo así , el centro de la vida , donde palpita íntegro el corazón de la sociedad moderna.

Tal es el fondo y la forma de la civilización que hemos conseguido. No nos negará la historia el mérito de haber realizado en la tierra todas las

felicidades del Olimpo ; porque cualquiera que sea la presuntuosa severidad con que nos mire , no podrá desconocer que en este nuevo paganismo nosotros somos los dioses , y que la memoria de nuestro paso por la tierra será , á los ojos de las edades venideras , una verdadera mitología ; porque , en fin , la filosofía positivista lo ha dicho : no hay más Dios que la *humanidad*. ¿Y qué es la *humanidad*? ¡Friolera! «El conjunto continuo de los seres convergentes.»

Me he entretenido en bosquejar los rápidos contornos de este cuadro , porque en él viven como en su propia atmósfera las fisonomías contemporáneas que más originalidad dan á nuestro siglo. Esta digresión no es , en resumen ; más que la preparación del lienzo en que por sí mismas se dibujan.

Yo las distingo en el confuso tumulto de la vida presente , y me entretengo en sacar las copias de aquellas que me parecen más dignas de ser reproducidas.

Como la duda es el estado de la ciencia libre , el escepticismo es el fondo moral del carácter moderno. Fuera de los sectarios furibundos , ya de unas , ya de otras escuelas , que luchan entre sí con la desesperación de la impotencia , en los demás sólo encontraréis la fría serenidad de la más helada indiferencia ; no busquéis entusiasmo en el corazón de nuestros días , porque no existe. Ese calor , que es la vida del alma y el germen de las grandes acciones , más bien de las acciones gene-

rosas, se ha extinguido; si alguna vez se muestra, es, por lo común, un entusiasmo artificial, es la excitación pasajera con que rendimos homenaje al éxito del momento, es sonreír al sol que sale, es lo que se llama seguir la corriente; pero si es entusiasmo verdadero que brota de una creencia profundamente arraigada en el alma, entonces, ¡oh, qué locura, qué ceguera, qué fanatismo!

En realidad, no somos completamente insensibles á tan gran desdicha, porque en medio de la algazara con que alegramos los días de nuestra existencia, se exhala de todos los ángulos de la sociedad un clamor sordo, continuo, que revela el desasosiego, la inquietud, el malestar de una dolencia profunda; pero, sea como quiera, tenemos á la vez lo que me atrevo á llamar el heroísmo de nuestra terquedad, y si nos quejamos del mal que nos amarga los sabrosos deleites de la vida, también es cosa cierta que el remedio nos espanta. Como si este mal fuese una enfermedad vergonzosa, rechazamos el remedio para ocultar la dolencia, ó más bien para ocultárnosla á nosotros mismos; y quién sabe si por los prodigios de una horrorosa homeopatía, por los portentos de un nuevo *similia similibus*, hallaremos la perfecta salud que apetece- mos en el uso continuo de los mismos vicios que nos enferman. Parece que estamos empeñados en ese experimento, y que en él fundamos nuestra última esperanza.

Ya ha habido un filósofo que murió esperando

en la ciencia el descubrimiento de la inmortalidad del hombre sobre la tierra. ¡Ah, si hubiese podido aplazar la muerte!

Por lo demás, ello es que vamos viviendo. Nos aturdimos, sí, nos embriagamos con el néctar de todas las sensualidades; pero nuestra concupiscencia es razonable, sensata; hay en ella cierto orden, cierto método, cierta corrección, que la hace á nuestros propios ojos la cosa más natural del mundo.

¿En qué pensamos? No hay para qué ocultarlo. Pensamos pura y simplemente en el placer y en la ganancia; poseemos á la vez el doble carácter de disipadores y mercaderes.

Pero bien: ¿qué somos?

No me atreveré yo á decirlo, pero oid á Horacio:

«Si vienes á verme, dice, verás en mí un cerdo lleno de gordura, de la piara de Epicuro.»

